





La literatura y su relación con la sociedad

CLÁSICOS|Berenice



Madame de Staël

*La literatura
y su relación con
la sociedad*

*[La literatura considerada en relación
con las instituciones sociales]*

Traducción, presentación y notas de
Xavier Roca-Ferrer





«Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.»

Título original: *De la Littérature considérée dans ses rapports avec les institutions sociales*

© de la traducción, presentación y notas: Xavier Roca-Ferrer, 2015
© de esta edición: Berenice, 2015
www.editorialberenice.com

Primera edición: octubre, 2015

Director editorial:
David González Romero

Diseño y preimpresión:
Editorial Berenice

Maquetación y corrección:
Deculturas, S. Coop. And.

Impresión y encuadernación:
Gráficas La Paz

ISBN: 978-84-15441-90-8
Depósito legal: Co-1569-2015
IBIC: DS; DNF

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor. Todos los derechos reservados.

Impreso en España / *Printed in Spain*

*A Jaume Vallcorba, buen amigo y exquisito editor.
In memoriam.*

X. R. F.



¿Cabe decir que la carrera de las letras aparta al hombre de sus deberes domésticos y de los servicios que en política podría dedicar a su país? Ya no tenemos ejemplos de esas repúblicas que daban a cada uno de sus ciudadanos su parte de influencia en la suerte de la patria y estamos más lejos todavía de aquella vida patriarcal que concentraba todos los sentimientos en el seno de la familia. En el estado actual de Europa los progresos de la literatura han de servir al desarrollo de todas las ideas generosas. Porque lo que ocuparía el lugar de este progreso no serían las virtudes públicas ni los afectos privados, sino los cálculos ávidos del egoísmo y de la vanidad.

Mme. de Staël, *De la Littérature...*, Discurso preliminar.

*La conciencia histórica de la literatura como institución social relativa en el tiempo y dependiente del sentimiento nacional no aparece en Francia antes de que madame de Staël, en *De la Littérature...* (1800), obra influida por el romanticismo alemán, subraye la influencia de la religión, de las costumbres y de las leyes en la literatura. En su nacimiento, la crítica histórica, hija del romanticismo, es relativista y descriptiva. Se opone a la tradición absolutista y prescriptiva, clásica y neoclásica, que juzga toda obra en relación con normas intemporales. Funda a la vez la filología y la historia literaria, que comparten la idea de que el escritor y su obra deben comprenderse en su situación histórica.*

Antoine Compagnon, *El demonio de la teoría* (1998).



*La literatura
y su relación con
la sociedad*

*[La literatura considerada en relación
con las instituciones sociales]*



PREFACIO A LA SEGUNDA EDICIÓN¹

Me he visto obligada a contestar mediante notas puestas en la segunda edición de dicha obra a ciertos comentarios dirigidos contra las opiniones que contiene. Con ello he procurado hacer este libro más digno de la aprobación que los ilustrados le han querido reconocer hasta el día de hoy.

He citado en las notas añadidas a la obra las autoridades sobre las cuales he fundamentado las opiniones literarias que han sido atacadas:² me limitaré, pues, en este prefacio, a hacer algunas reflexiones generales sobre las dos maneras de considerar la literatura, que hoy constituyen algo así como dos partidos distintos, y sobre el extrañamiento que produce en ciertas personas el sistema de la perfectibilidad de la especie humana.

Se me ha reprochado haber dado preferencia a la literatura del norte

¹ El traductor es responsable de todas las notas al pie, salvo que en ellas se indique que han sido puestas por la autora.

² Estas notas contienen las pruebas de que: I. Los romanos estudiaron filosofía y tuvieron historiadores conocidos, oradores célebres y grandes jurisconsultos antes de tener poetas. II. Sus autores trágicos se limitaron a imitar a los griegos. III. Desarrollo un hecho que me parece demasiado auténtico para que deba ser explicado: que los cantos de Ossian ya eran conocidos en Escocia e Inglaterra por hombres de letras que sabían el idioma gaélico antes de que Macpherson los convirtiera en un poema, y que las fábulas islandesas y las poesías escandinavas, prototipo de la literatura nórdica en general, están estrechamente relacionadas con el carácter de la poesía de Ossian. Pueden encontrarse todos los detalles que permiten conocer las poesías escandinavas en la excelente introducción de Mallet a la *Historia de Dinamarca*. Finalmente, en una nota a la segunda parte de mi obra, trato de señalar cuáles son las reglas que hay que seguir a la hora de adoptar palabras nuevas en una lengua. (Nota de la Autora.)

sobre la del sur, y esta opinión ha recibido el nombre de «una poética nueva». Es conocer mal mi obra suponer que he intentado hacer una poética. He dicho ya en la primera página que Voltaire, Marmontel y La Harpe no dejan nada que desear en este extremo. Lo que yo he querido ha sido mostrar la relación que existe entre la literatura y las instituciones sociales de cada siglo y cada país, un tema sobre el cual no se ha escrito hasta hoy libro alguno. He intentado también demostrar que la razón y la filosofía no han cesado de adquirir nuevas fuerzas gracias a los infortunios innumerables por los que ha pasado la especie humana. Mis gustos sobre poesía importan poco al lado de esos resultados. Los versos de Thompson me emocionan más que los sonetos de Petrarca y las poesías de Gray más que las canciones de Anacreonte.³ Sin embargo, esta manera de sentirse afectada por estos autores sólo tiene una relación muy indirecta con el plan general de mi obra, y los que sostengan opiniones completamente contrarias a las mías sobre los placeres de la imaginación, pueden darme la razón sobre las comparaciones que he hecho entre la constitución política de los pueblos y sus literaturas. Cabe, pues, que estén de acuerdo conmigo en mis observaciones filosóficas y el encadenamiento de ideas que me han servido para trazar la historia del progreso del pensamiento desde Homero hasta nuestros días.

Observamos hoy dos opiniones contrapuestas entre los autores franceses que podrían acabar determinando, si se exageran, la pérdida del gusto por el genio literario. Unos quieren añadir energía al estilo llenando sus escritos de imágenes incoherentes y términos y expresiones altisonantes. Esos autores hacen daño al arte y ahogan los dones de naturaleza sin añadir nada a la elocuencia ni al pensa-

³ James Thomson o Thompson (1700-1748) fue un poeta y dramaturgo escocés del siglo XVIII. Su obra más destacada es el poema *Las Estaciones* (*The Seasons*) (1730), en el que describe cada estación y las evocaciones sentimentales que despiertan en el poeta.

Thomas Gray (1716-1771) fue un poeta inglés amigo de Horace Walpole, a quien acompañó en sus viajes a Italia y a Francia (1739). La publicación en 1751 de su *Elegía escrita en un cementerio rural* (*Elegy Written in a Country Churchyard*) le valió una fama europea. Fue el poeta más significativo del período de transición de la lírica inglesa entre el clasicismo formal y el romanticismo temático.

miento. Otros escritores, en cambio, pretenden convencernos de que el buen gusto consiste en un estilo exacto, pero vulgar, que utilizan para revestir ideas más vulgares todavía.

Este segundo sistema se halla menos expuesto a la crítica. Esas frases conocidas desde hace mucho tiempo son como los amigos y conocidos de una casa: se les deja entrar sin preguntarles nada. Pero no existe un solo escritor o pensador elocuentes cuyo estilo no contenga expresiones que sorprenden al que las lee por primera vez.

Cuando Bossuet⁴ escribe esta frase soberbia: «Advertido por mis cabellos blancos de mi obligación de conservar el rebaño que debo alimentar mediante las palabras de los restos de una voz que declina y de un ardor que se extingue», no han faltado los críticos incompetentes que se han preguntado qué significaban «los restos de una voz que declina y de un ardor...» o «Advertido por mis cabellos blancos...». Cuando el mismo orador exclama, al hablar de madame Henriette,⁵ «Aquí la tenéis tal como la muerte nos la ha hecho...», ¿qué autor de entonces hubiese podido criticar o mejorar esta expresión soberbia? Cuando Pascal escribe «el hombre es la caña más frágil de la naturaleza, pero es una caña pensante...», un crítico hubiese podido decir, separando la primera frase de la segunda: ¿Sabéis que Pascal llama al hombre *caña pensante*? Racine, el más perfecto de nuestros poetas, es el que se ha ganado más reprimendas de nuestros censores, y el autor del *Emilio* y de *Eloísa*, el más elocuente de nuestros escritores,⁶ es quien podría ser criticado con mayor dureza por su espíritu insensible al encanto de la elocuencia. ¿Quién reconocería el espíritu de Rousseau si partiéramos sus frases en dos, si desmontáramos su progresión, si les quitáramos su interés y movimiento, y borráramos de

⁴ Jacques Bénigne Bossuet (1627-1704) fue un destacado clérigo, predicador e intelectual francés defensor de la teoría del origen divino del poder real para justificar el absolutismo de Luis XIV. Actuó decisivamente en la Asamblea del Clero Francés de 1682 que sustentó la doctrina del predominio del rey sobre la Iglesia católica en Francia, el llamado galicanismo. Pasó gran parte de su vida luchando contra el quietismo que defendía Fénelon.

⁵ En el elogio fúnebre de la duquesa de Orléans.

⁶ Jean Jacques Rousseau. Mme. de Staël había publicado en 1788 unas Cartas sobre las obras y el carácter de J. J. R., al que admiraba mucho.

sus escritos algunas palabras, sorprendentes por sí solas, pero muy poderosas colocadas en el lugar que ocupan?⁷

Lo repito: un estilo impersonal nunca temerá este tipo de ataques. Subdividid las palabras de este estilo tanto como queráis y las palabras que lo componen se acoplarán solas, *porque estarán acostumbra- das a andar juntas*, pero ningún escritor ha conseguido expresar los sentimientos que le embargan ni desarrollar sus pensamientos más íntimos sin dotar a su estilo de un carácter original, el único capaz de atraer y cautivar el interés y la imaginación de los lectores.

Las paradojas son también ideas vulgares. Basta casi siempre con darle la vuelta a una idea banal para crear una paradoja. Lo mismo ocurre con una manera de escribir exagerada: las expresiones frías se corresponden con las expresiones falsas. Pero no hay que trazar alrededor del pensamiento del hombre un círculo del cual tenga prohibido salir, porque no hay talento donde no hay creación en la idea o en el estilo.

Voltaire, que sucedió al siglo de Luis XIV, buscó en la literatura inglesa algunas ideas nuevas que supo adaptar al gusto francés.⁸ Casi todos los poetas de este siglo han imitado a los ingleses. Saint Lambert ha enriquecido sus obras con imágenes de Thompson, Delille ha

⁷ Quizá valga la pena subrayar que los hombres que, desde hace algún tiempo, forman nuestro tribunal literario, al citar a los mejores autores franceses evitan el nombre de J. J. Rousseau. No es probable, sin embargo, que hayan olvidado al escritor que ha dado más calor, vida y fuerza a la palabra, al hombre que ha despertado en sus lectores las emociones más profundas. Resulta imposible juzgarlo como un autorcillo más. Arrastra a sus lectores como un amigo, un seductor o un maestro. ¿Es posible que el esplendor de su talento no pueda obtener gracia a los ojos de ciertos jueces por su amor ardiente a la libertad? ¿Será verdad que un alma altiva e independiente, aunque esté dotada de una indudable superioridad, sólo debe esperar de los adversarios de sus ideas filosóficas injusticia o silencio? Injusticia, puesto que aún lo pueden atacar. Silencio, cuando su gloria lo coloca por encima de todos sus pobres esfuerzos. (N. de la A.)

⁸ Voltaire hubiese desmentido, creo, esta afirmación, aparecida en el Mercure, que parece falta de verdad a todos los ingleses y a todos los que han estudiado su literatura: «Resulta asombroso comprobar cómo la fama de Shakespeare no creció, incluso en Inglaterra, hasta que Voltaire le hubo hecho objeto de sus elogios». Addison, Dryden y los autores más célebres de la literatura inglesa alabaron a Shakespeare entusiásticamente mucho antes de que Voltaire hablara de él. (N. de la A.)

tomado prestadas de la literatura inglesa algunas de sus descripciones más hermosas. Ciertamente no desconocía *El cementerio* de Gray, que también sirvió de modelo a Fontanes para una de sus mejores piezas: *El día de difuntos en un pueblo*. ¿Por qué hemos de quitar méritos a obras que nuestros mejores autores han imitado?

Parece indudable (y no he cesado de repetirlo a lo largo del libro) que ninguna belleza literaria perdura si no ha estado sometida a un gusto perfecto. He empleado por primera vez una palabra, *vulgari-
dad*, porque, a mi entender, no teníamos aún bastantes términos para proscribir para siempre las formas que suponen poca elegancia en las imágenes o poca delicadeza en la expresión. El talento consiste en saber respetar los verdaderos preceptos del gusto introduciendo en nuestra literatura cuanto hay de hermoso, sublime y emotivo en esta naturaleza oscura que tan bien han sabido pintar los autores del norte. Y si supone ignorar el arte querer adoptar en Francia todas las incoherencias de los teatros inglés y alemán,⁹ es preciso hallarse privado del genio de la elocuencia y del talento de conmover las almas para no admirar cuanto hay de apasionado en los afectos y de profundo en los pensamientos que los habitantes del norte saben sentir y transmitir.

Es imposible ser un buen autor sin haber estudiado a los autores antiguos y sin conocer las obras clásicas del siglo de Luis XIV. Pero sería renunciar en Francia a tener grandes nombres de literatos si se critica cuanto pueda conducirlos a nuevos géneros abriendo caminos inéditos al espíritu humano. El pensamiento se merece un futuro y el francés no tardaría en perder su espíritu de emulación si se le presentase perpetuamente el siglo de Luis XIV como modelo de perfección inamovible por encima del cual ningún pensador ni escritor elocuentes podrán elevarse jamás.

He distinguido cuidadosamente a lo largo de mi obra lo que pertenece a las artes de la imaginación y lo relativo a la filosofía. He afir-

⁹ Cuando escribe *De la Littérature...* (1800), Mme. de Staël aún sigue defendiendo la doctrina de las tres unidades clásicas (de acción, tiempo y lugar) que eran regla de oro en el teatro clásico francés. Más tarde, en *De l'Allemagne* (1810-1813) se burlará de ellas.

mado que estas artes no eran susceptibles de un perfeccionamiento indefinido mientras que no se puede poner un límite donde el pensamiento deba detenerse. Se ha dicho que no he tributado un homenaje justo a los antiguos. Sin embargo, he repetido varias veces que la mayoría de las invenciones poéticas nos vienen de Grecia, que la poesía de los griegos *no había sido sobrepasada ni igualada por los modernos*:¹⁰ pero no he dicho nunca que, después de tres mil años de historia, los hombres no hubiesen adquirido ni una sola idea nueva. Me parece un grave error del espíritu condenar a la especie humana al suplicio de Sísifo, obligándola a volver a caer una y otra vez tras haberse elevado.

¿Por qué razón este sistema de la perfectibilidad de la especie humana desencadena ahora tantas pasiones políticas? ¿Qué relación hay entre una cosa y la otra?¹¹

¹⁰ He sostenido que en las obras modernas la expresión del amor ha adquirido mayor delicadeza y profundidad que en las antiguas porque hay un tipo de sensibilidad que aumenta en proporción a las ideas. Las *objecciones* que se me han hecho me sirven nuevos argumentos a favor de mi opinión. Citaré dos a guisa de ejemplo: el resto está en la obra. Algunos se han preguntado si la expresión del amor había hecho algún progreso desde las cartas de Eloísa del siglo XII. Las epístolas latinas que nos ha conservado la tradición no pueden compararse ni remotamente al maravilloso lenguaje que Pope ha puesto en su boca (en la epístola *Eloisa to Abelard*, de 1717).

Otros se han preguntado si había escena más emotiva que el encuentro de Eneas y Andrómaca en *la Eneida* (III, v. 312), donde Andrómaca grita al volver a verle: «*Hector ubi est?*» («Héctor, ¿dónde está?»). He dicho en mi libro que Virgilio fue el más sensible de los poetas, pero, aun aceptando la objeción, debo decir que cuando Racine puso a Andrómaca en escena, creyó que la delicadeza de sentimientos de la mujer exigía atribuirle la decisión de estar dispuesta a matarse si se la obligaba a casarse con Pirro. Virgilio atribuye a Andrómaca dos maridos después de la muerte de Héctor: Pirro y Heleno, sin pensar que esta circunstancia pueda perjudicar el interés que despierta el personaje. Si se unen a estos ejemplos los que se encuentran a lo largo del libro y se examinan detenidamente todas las obras de la Antigüedad, se verá que no hay ninguna que no confirme la superioridad de los romanos sobre los griegos, de Tibulo sobre Anacreonte, de Virgilio sobre Homero en lo que atañe a sensibilidad; y se pondrá también de manifiesto que Racine, Voltaire, Pope, Rousseau, Goethe, etc., han pintado el amor con una especie de delicadeza, de culto, de melancolía y de devoción que son completamente ajenos a las costumbres, las leyes y la personalidad de los antiguos. (N. de la A.)

¹¹ Este sistema ha dado lugar a tantas interpretaciones absurdas que me siento obligada a dar el sentido exacto que tiene en mi obra. En primer lugar, al hablar de

Los que piensan que sus opiniones políticas les obligan a combatir la perfectibilidad del espíritu humano hacen, creo, una gran acto de modestia. Tanto los partidarios de la monarquía como los de la república deben pensar que su sistema de gobierno preferido es el más adecuado para la mejora de la sociedad y el progreso de la razón: ¿si no estuvieran convencidos de ello, cómo podrían sostener su opinión en conciencia? La idea de la perfectibilidad de la especie humana aparece en todos los filósofos ilustrados a lo largo de los últimos cincuenta años: la han apoyado en relación con todas las formas de gobierno posibles.¹² Los profesores escoceses, Ferguson en particular, han desarrollado este sistema en relación con la monarquía democrática de Gran Bretaña. Kant también sostiene su validez para los regímenes más feudales que hallamos en Alemania. Turgot la defendió bajo el gobierno arbitrario de nuestra última dinastía y Condorcet hizo lo propio incluso cuando una tiranía sanguinaria¹³ que por fuerza lo hizo desesperar de la república lo había proscrito. En el colmo de su infortunio, Condorcet escribía todavía a favor de la perfectibilidad de la especie humana. ¡Hasta tal extremo los pensadores han subrayado la importancia de este sistema que promete a los hombres los beneficios de una vida inmortal, un futuro sin limitaciones y una continuidad ininterrumpida!¹⁴

la perfectibilidad del espíritu humano, no pretendo decir que los modernos tengan un potencial intelectual superior a los antiguos, sino sólo que «la masa de ideas de todas clases» aumenta con el paso de los siglos. En segundo lugar, al hablar de la perfectibilidad de la especie humana, no aludo a las ensoñaciones de algunos pensadores, sino al progreso sucesivo de la civilización entre todas las clases y en todos los países. (N. de la A.)

¹² El ciudadano Talleyrand escribió en su informe sobre la instrucción pública (pág. 7, de 10 de septiembre de 1791) que una de las características más sorprendentes del hombre es la perfectibilidad. Y si se nota en el hombre como individuo, más se aprecia aún en relación con la especie. Porque aunque quizá no sea posible afirmar que un hombre concreto haya alcanzado el punto del que era capaz, sí puede predicarse de la especie entera, cuya riqueza intelectual y moral crece sin interrupción gracias a las aportaciones de las generaciones anteriores. (N. de la A.)

¹³ Se ha considerado responsable del posible suicidio del gran matemático, revolucionario girondino y politólogo a la dictadura del Comité de Salud Pública de Robespierre (1792-1794).

¹⁴ También Godwin, en su obra sobre la justicia política (1793), defiende el mismo

Dicho sistema no puede ser contrario a las ideas religiosas. Los predicadores ilustrados han representado siempre la moral religiosa como un medio de mejorar la especie humana, y me he ocupado de demostrar que los preceptos del cristianismo han contribuido eficazmente a su progreso. No hay opinión alguna (salvo una que prohibiera pensar, leer y escribir) ni ningún gobierno (salvo uno despótico) que puedan declararse contrarios a la perfectibilidad humana. ¿Qué peligros puede hallar un espíritu razonable e independiente para temer este sistema?

¿Se dirá que los monstruos bárbaros han hecho de esta opinión el pretexto de sus delitos? ¿Se dirá que la Noche de San Bartolomé nos recomienda el ateísmo? Y los crímenes de Tiberio y de Carlos IX, ¿han cerrado el paso a la posibilidad del gobierno de un solo hombre en todos los países? ¿De qué no han abusado los hombres? El aire y el fuego les sirven para matarse y la naturaleza entera se ha convertido, entre sus manos, en un medio de destrucción. ¿Resulta de ello que no debemos reconocer en el que ha obrado bien el mérito que le es debido? ¿Y hay que degradar siempre la entera especie humana si abusa de una idea generosa? Ante un tratamiento tan severo de la filosofía, la libertad y la razón, se diría que las mentiras, los prejuicios y las bajezas no han hecho mal alguno a nuestra especie.

Creo que los detractores del sistema de la perfectibilidad de la especie humana no han meditado lo suficiente sobre las auténticas bases de esta idea. Están de acuerdo en que las ciencias progresan continuamente pero niegan que también progrese la razón. Olvidan que las ciencias guardan una conexión íntima con las ideas que determi-

sistema, pero, aunque sea un hombre de gran *esprit*, su razón no me ha parecido lo suficientemente recta como para citarlo como autoridad. Se ha dicho que he extraído algunas ideas de su *Political Justice*. Respondo negándolo absolutamente. Desafío a todos a que me muestren una sola idea de esta obra que aparezca en la mía, salvo el sistema de la perfectibilidad humana que pertenece tanto a mí como a Godwin. Pienso que he sido la primera en aplicar este sistema a la literatura, pero doy mucha importancia al hecho de que han sido muchos los filósofos respetables que me han precedido y que han sostenido esta misma opinión en términos generales. Y no pienso, como hace cierto literato de hoy, que haya sido una encantadora obrera en verso de Voltaire titulada *El Mundano*, la que nos ha dado la idea de la perfectibilidad de la especie y que contenga el extracto de cuanto de mejor se ha escrito en relación con las largas teorías sobre esta perfectibilidad. (N. de la A.)

nan la situación moral y política de las naciones. Gracias al descubrimiento de la brújula se ha descubierto el Nuevo Mundo, y la Europa moral y política ha vivido desde entonces cambios considerables. La imprenta es un invento de las ciencias. Si un día se inventara la navegación aérea, ¿acaso no cambiarían las relaciones de la sociedad?

La superstición resulta a la larga irreconciliable con el progreso y las ciencias positivas. Los errores se rectifican gracias al espíritu de cálculo. En fin, ¿cabe imaginar que las ciencias vivan al margen del pensamiento y que la razón humana no reciba influencia alguna de los inmensos progresos que hace todos los días el arte de observar la naturaleza física? ¿Acaso las luces de la experiencia y de la observación no existen también en el orden moral y no contribuyen a los sucesivos desarrollos de toda clase de reflexiones? Diré más todavía: el progreso de las ciencias hace necesario el progreso de la moral, puesto que, al incrementar el poder del hombre, hay que endurecer el freno que le impide abusar de él. El progreso de las ciencias lleva consigo el progreso de la política. Exige un gobierno más ilustrado que respete más todavía la opinión pública en el seno de las naciones donde los conocimientos crecen sin parar. Y aunque cabría oponer los desastres vividos algunos años atrás¹⁵ a mil razonamientos seculares, no es menos cierto que hoy ninguna región de Europa toleraría la larga sucesión de tiranías bajas y feroces que tuvieron que soportar los romanos. Por lo demás, importa distinguir entre la perfectibilidad de la especie humana y la del espíritu humano. Una de ellas se manifiesta de forma más contundente que la otra. Siempre que una nación nueva como América o Rusia progresa hacia la civilización, la especie humana se perfecciona; siempre que una clase inferior abandona la esclavitud o el envilecimiento, la especie humana sigue perfeccionándose. Las luces ganan en extensión, aunque podría discutirse si también crecen su elevación y su profundidad. Habría que escribir un libro entero para refutar cuanto algunos se permiten decir en un tiempo en el que los intereses personales se hallan todavía tan sensibilizados. El tiempo se encargará de escribir este libro, y la poste-

¹⁵ La autora se refiere obviamente a los episodios más sangrientos de la revolución francesa.

ridad no tendrá más en cuenta el furor que todavía hoy despiertan ciertas ideas filosóficas que los atroces sentimientos que generó en el pasado el terror.¹⁶

Los hijos son más altos que sus padres
y sus corazones no sienten celos.

Estos versos, aplicados con justicia a hazañas militares de las que somos contemporáneos gloriosos, también dicen la verdad en cuanto al progreso de la razón. ¡Y desgraciado el que no descubra en su corazón un noble presentimiento de este futuro!

¿Cómo explicar que los espíritus distinguidos, cualquiera que sea su carrera, no hayan juntado todos sus esfuerzos para sostener cuantas ideas contienen en germen la grandeza y la elevación? ¿Acaso no perciben en todas partes cómo los sentimientos más viles y la avidez más rastrera se apoderan cada día que pasa de una personalidad nueva sin otra finalidad que la de degradar aquellos hombres que hasta ayer fueron objeto de la estima y el respeto generales?¹⁷ Hoy atacan la filosofía: pronto la echarán de menos. Pronto reconocerán que, al degradar el espíritu, debilitan este mecanismo del alma que nos hace amar la poesía y nos lleva a compartir su generoso entusiasmo.

Cuando los vicios se conjuran, los talentos deberían unirse. De hacerlo, harían triunfar el mérito personal. Si se atacan los unos a los otros, los calculadores, felices al ver sus discrepancias, se colocarán en primera fila y convertirán en objeto de burla los sentimientos desinteresados, el amor a la verdad, la ambición de gloria y la emulación que inspira la esperanza de ser útiles a los hombres y perfeccionar su razón.¹⁸

¹⁶ La hija de Necker sigue defendiendo la bondad general de la revolución francesa, aunque reconoce que está demasiado cerca para poder juzgarla con objetividad.

¹⁷ Empezando por el «mejor de todos»: el padre de la autora, M. Jacques Necker.

¹⁸ Después de haber refutado las diversas objeciones que se han dirigido contra mi obra, reconozco que hay un tipo de ataque que puede repetirse perpetuamente: se trata de todas las observaciones dirigidas a criticarme como mujer por el hecho de escribir y pensar. Me anticipo y resumo todas esas críticas en estos versos de Molière que traigo a colación:

DISCURSO PRELIMINAR

Me he propuesto examinar cuál sea la influencia de la religión, las costumbres y las leyes sobre la literatura, y cuál la de la literatura sobre la religión, las costumbres y las leyes. Hay en lengua francesa tratados sobre el arte de escribir y sobre los principios del gusto que no dejan nada que desear,¹⁹ pero me parece que no se han analizado suficientemente las causas morales y políticas que modifican el espíritu de la literatura. Pienso que todavía no se ha estudiado lo bastante cómo las facultades humanas se han ido desarrollando a través de las obras ilustres de todos los géneros compuestas a partir de Homero hasta nuestros días.

He intentado dar cuenta del avance lento pero continuo del espíritu humano en el campo de la filosofía, y de sus éxitos rápidos, pero

No, no, no quiero a mi lado un espíritu exquisito,
y las mujeres que componen versos saben más de lo que toca.
Pretendo que la mía sea de luces más bien turbias,
y apenas sepa qué significa la palabra «rima».
A decir verdad, me basta con que toda su ciencia se limite
a rezar a Dios, a amarme, a coser y a hilar.

Arnulfo, en *La escuela de las mujeres*.

Comprendo que la gente pueda reírse de estas bromas, aunque ya empiezan a resultar un tanto usadas, pero no logro entender cómo es posible que mi persona o mis escritos hayan inspirado tan agrios sentimientos. En el curso de una conversación cualquier motivo puede hacerlos aparecer, pero no creo que nadie pueda estar realmente de acuerdo con ellos. (N. de la A.)

¹⁹ Las obras de Voltaire y las de Marmontel y La Harpe. (N. de la A.)

con interrupciones, en el de las artes. Las obras antiguas y modernas que versan sobre temas de moral, de política o de ciencia, constituyen prueba evidente del progreso del pensamiento una vez conocida su historia. No ocurre lo mismo con las bellezas poéticas, que pertenecen sólo a la imaginación. Al observar las diferentes características halladas en los escritos de italianos, ingleses, alemanes y franceses, creo poder demostrar que las instituciones políticas y religiosas han tenido una influencia decisiva en estas divergencias constantes. En dos palabras: al contemplar la mezcla de desastres y esperanzas que, por decirlo así, ha traído consigo la revolución francesa, pienso que resulta importante conocer qué influencia ha tenido dicha revolución sobre las luces y qué efectos puede producir si el orden y la libertad, la moral y la independencia republicanas llegasen a conjugarse sabiamente en la política del futuro.

Antes de ofrecer un plan más detallado del contenido de esta obra, resulta necesario afirmar la importancia de la literatura considerada en su acepción más amplia, que abarca tanto los escritos filosóficos como las obras de imaginación, es decir, cuanto concierne al ejercicio del pensamiento en todo lo escrito hasta hoy con la excepción de las ciencias físicas.

Para empezar, me propongo examinar la literatura de manera general y, muy especialmente, en cuanto a sus relaciones con la virtud, la gloria, la libertad y la felicidad. Y, resultando evidente qué poder ostenta sobre estos grandes sentimientos, móviles primeros del hombre, más vivo será el interés con que el lector se dejará llevar en mi recorrido por sus progresos y en el análisis de las características principales de los escritores de los diversos países y siglos.

¡Ojalá sea yo capaz de atraer a los espíritus ilustrados a gozar de mis meditaciones filosóficas! Los contemporáneos de una revolución suelen perder todo interés por la búsqueda de la verdad. Tantos sucesos decididos por la fuerza, tantos crímenes perdonados por el éxito, tantas virtudes escarnecidas por el vituperio, tantos infelices insultados por el poder, tantos sentimientos generosos convertidos en objeto de burla y tantos cálculos viles e hipócritas sólo pueden anular la esperanza de los que se han mantenido fieles al culto de la razón. Y, sin embargo, estos últimos deben mostrarse optimistas si

tienen en cuenta que, a lo largo de la historia del espíritu humano, no ha existido ningún pensamiento útil ni verdad profunda que no haya tenido su tiempo y sus admiradores. Supone un triste esfuerzo trasladar nuestro interés y fijar nuestra atención en nuestros sucesores, en extranjeros que están lejos de nosotros, en desconocidos, en todos los hombres cuyo recuerdo e imagen no pueden vincularse directamente con nuestro espíritu. Pero, ay, si exceptuamos algunos amigos que no han cambiado, la mayor parte de los que recordamos después de diez años de revolución entristecen nuestro corazón porque no se han impuesto al talento auténtico por su superioridad moral e intelectual sino mediante una malevolencia que sólo produce dolor a las almas buenas y hace sufrir a los que no lo merecen.

La existencia pesa: sepamos elevarnos por encima de ella y no concedamos el triunfo de haber abatido nuestras facultades intelectuales a la injusticia de nuestros enemigos o a la ingratitud de nuestros amigos. Los que se contentan con el afecto popular se limitan a buscar la gloria: lo aceptamos, pero habrá que esperar. Estos ensayos ambiciosos, en cambio, no aportarán remedio a las penas del alma, pero harán honor a la vida. Consagrarla a la esperanza siempre frustrada de la felicidad es hacerla más infortunada todavía. Vale más hacer acopio de todos los esfuerzos para transitar con nobleza por el camino que conduce de la juventud a la muerte.

De la importancia de la Literatura en relación con la Virtud

La virtud perfecta es el ideal más hermoso del mundo del intelecto y existen relaciones indudables entre la impresión que la virtud produce en nosotros y el sentimiento que experimenta nuestro espíritu ante cuanto es sublime, ya sea en las bellas artes, ya en la naturaleza física. La regularidad de las proporciones en las estatuas antiguas, la expresión reposada y pura que reproducen ciertos cuadros, la armonía de la música, el aspecto de un lugar hermoso en una campiña fecunda nos llenan de un entusiasmo casi análogo al que despiertan en nosotros las buenas acciones. Las cosas extrañas, inventadas o naturales, pueden asombrar momentáneamente la imaginación, pero el pensa-

miento sólo halla la paz en el orden. Cuando se ha querido dar una idea de la vida futura, se ha dicho que el espíritu del hombre regresará al seno de su creador: era como pintar algo de la emoción que se siente cuando, tras prolongados extravíos debidos a las pasiones, se oye de pronto ese magnífico lenguaje que hablan la virtud, el orgullo y la piedad y el hombre reencuentra en él su alma entera capaz de sentir.

Las bellezas más duraderas de la literatura van estrechamente ligadas a la delicadeza moral. Cabe que los hombres abandonen sus actos al vicio, pero su juicio jamás. Ningún poeta, por talento que tuviese, sería capaz de extraer un efecto trágico de una situación que partiera de una inmoralidad. La opinión, tan vacilante a la hora de enjuiciar los acontecimientos reales de la vida, se asienta y fija a la hora de juzgar los cuadros que le presenta la imaginación. La crítica literaria suele ser un tratado de moral. Los autores más distinguidos, entregados sólo al impulso de su talento, descubrieron cuanto hay de heroico en la devoción y de emotivo en los sacrificios. Estudiar el arte de conmover a los hombres equivale a profundizar en los secretos de la virtud.

Las obras maestras de la literatura, con independencia de los ejemplos que ofrecen, producen una especie de estremecimiento moral y físico, un sentimiento de admiración que nos predispone a ejecutar acciones generosas. Los legisladores griegos otorgaban una gran importancia al efecto que podía producir una música guerrera o voluptuosa. La elocuencia, la poesía, las situaciones dramáticas, los pensamientos melancólicos actúan también sobre los órganos del cuerpo, aunque en principio vayan dirigidos a la mente. Entonces la virtud se convierte en un impulso involuntario, un movimiento que se transmite a la sangre y nos arrastra de modo irresistible como las pasiones más imperiosas. Hay que lamentar que los escritos que aparecen en nuestros días no suelen inspirar un entusiasmo parecido. El gusto se forma mediante la lectura de nuestras obras maestras y nos acostumbramos a él desde la infancia. Todos y cada uno de nosotros se siente conmovido por sus méritos y belleza en épocas distintas y recibe individualmente la impresión que han de producir. Pero si asistimos en un teatro lleno a las primeras representaciones de una tragedia digna de Racine, si leemos a Rousseau, si escuchamos a Cicerón haciéndose oír por vez primera entre nosotros, el interés

de la sorpresa y de la curiosidad fijarán su atención en verdades a veces olvidadas, y el talento que gobierna los espíritus devolverá a la moral un poco de lo que ya ha recibido de ella y restablecerá el culto al que debe su inspiración.

Existe tal conexión entre todas las facultades del hombre que perfeccionar su gusto en literatura redundará en la elevación de su carácter moral: todos podemos comprobarlo fijándonos en el lenguaje que utilizamos. Cuando el autor o el orador debe elegir entre diversas expresiones, se inclina por aquella que evoca la idea más delicada, de manera que su espíritu escoge entre esas expresiones del mismo modo que su alma debería tomar una decisión ante las posibles acciones de la vida: el primer hábito puede, pues, conducir al segundo.

El sentimiento de la belleza intelectual que se aplica a los objetos de la literatura debe inspirar repugnancia hacia todo lo vil y feroz. Y esta aversión involuntaria es una garantía casi tan segura como los principios derivado de la reflexión. Parece un tanto ridículo querer justificar el *esprit*,²⁰ cuyas ventajas resultan a primera vista evidentes. Y, sin

²⁰ Conviene subrayar los problemas que presenta al traductor a la lengua de Cervantes una palabrita francesa que aparece con enorme frecuencia en la obra de Mme. de Staël. Se trata del término francés *esprit*. Una traducción automática nos llevaría a traducirlo por «espíritu» (equivalente literal del latín *spiritus*, al que se ha añadido una «e» inicial para facilitar la pronunciación de lo que, en su original, es una doble consonante) y su derivada, *spirituel*, por «espiritual», pero el campo semántico que cubre la famosa palabreja francesa es mucho más amplio que el que caracteriza a su equivalente español.

En castellano ambos términos van estrechamente ligados al ámbito religioso: un hombre o una mujer espirituales son personas a las que les preocupa más lo trascendente que lo material. La oposición natural de «espíritu» en español es «la carne», «el mundo», «la materia», lo apegado a la tierra. Claro que en español también puede querer decir otras cosas, pero en estos casos siempre va acompañado de un determinativo que lo aclara: «espíritu de empresa», «espíritu rebelde», «espíritu militar», «mal espíritu», etc.

En francés, el término *esprit* «a secas» quiere decir muchas cosas más: además de su acepción en el ámbito místico-religioso, que también la tiene, equivale con frecuencia a conceptos mucho más laicos o profanos como ingenio, talento, imaginación, etc. Un *homme d'esprit* no es forzosamente un santo o un devoto, sino un tipo agudo, un tipo ingenioso, un tipo que sabe hacerse agradable en el trato social. La Rochefoucauld, Mme. de Sevigné, Voltaire, Diderot, D'Alembert lo fueron, cada uno a su manera, y ninguno está en los altares.

embargo, más de una vez algo así como un abuso de *esprit* puede generar inconvenientes. Cabe que un equívoco verbal parezca dar la razón a esta paradoja. El auténtico *esprit* no es sino la facultad de ver bien: el sentido común contiene más *esprit* que las ideas falsas. Mayor sentido común supone mayor *esprit*. El genio es el sentido común aplicado a ideas nuevas. El genio enriquece el tesoro del sentido común y abre nuevas puertas a la razón. Lo que la razón descubre hoy será dentro de poco de conocimiento general, porque las verdades importantes, una vez descubiertas, se expanden entre casi todos de forma igual. Los sofismas, las impresiones llamadas ingeniosas pero imprecisas, todo lo que se aparte, en fin, de la razón, debe considerarse defectuoso. El *esprit* asimilado a la razón superior, no puede ser más perjudicial que ella. Favorecer el *esprit* en una nación, atraer a los empleos públicos a los que lo tienen, supone hacer prosperar la moral.

Suele atribuirse al *esprit* todas las faltas derivadas de no tener suficiente *esprit*. Las reflexiones y las observaciones a medias confunden al hombre sin iluminarle. La virtud es a la vez un afecto del alma

En la Francia de la regencia de Ana de Austria y de los primeros años de Luis XIV se generalizó el concepto de *bel esprit/beaux esprits* para referirse a los integrantes de la élite cultural de la refinada sociedad del Grand Siècle que habían hecho del Hotel de Rambouillet su principal centro de operaciones, y el término sigue utilizándose, no sin una fuerte carga irónica que ya empleó Molière en sus *Précieux Ridicules* o en su *Misanthrope*, para referirse a «la pseudo-intelectualidad» del país. La *Roxanne* del *Cyrano* de Rostand, un drama escrito a finales del siglo XIX, es, quizá, el ejemplo literario más elocuente de lo que era un *bel esprit* femenino.

En las obras y cartas de Mme. de Staël la palabra aparece con notable frecuencia. Una vez más, debemos a la *Notice* que su prima Albertine Necker de Saussure escribió sobre ella el conocimiento de qué entendía la baronesa de Staël por *esprit*. Nos cuenta:

«Tomando siempre la palabra *esprit* en su sentido más extendido, lo aplicaba a la inteligencia elevada, a la visión diáfana de las cosas, a la apreciación de todas las relaciones, y los inconvenientes atribuidos falsamente al espíritu derivaban, según ella, del hecho de que resultaba insuficiente (...). Cuando se le ponían de relieve las tonterías de algunos hombres *spirituelles*, decía: “Dadles un poco más de *esprit*, y desaparecerán”».

En nuestra traducción de *De la Literatura...* hemos preferido cortar por lo sano y dejarla siempre en su forma original, salvo cuando cuadra el término español «espíritu».

y una verdad demostrada: hay que sentirla o comprenderla. Pero si quitáis del razonamiento lo que confunde al instinto, no son las cualidades que poseéis las que os pierden, sino las que os faltan. Buscad el remedio más elevado a todas las cualidades humanas. Si dirigís vuestra mirada al cielo, vuestros pensamientos ganarán en nobleza: es elevándose cómo el hombre halla el aire más puro y la luz más resplandeciente. Inducid al hombre a que viaje a las alturas y la ascensión perfeccionará su moral. Los grandes talentos se hacen merecedores de aplausos y de una benevolencia que llena de dulzura el alma de quienes los poseen. Ved a los hombres crueles: por regla general están desprovistos de facultades distinguidas. El azar mismo ha marcado sus figuras con algún defecto repugnante²¹ y ellos se vengan en el orden social de lo que la naturaleza les ha negado. En cuanto a mí, me confío sin temor a quienes deben estar contentos de su suerte, a quienes pueden, de algún modo, merecer los sufragios de los hombres. ¿Qué puede importarles la conservación de la raza humana a quienes son incapaces de obtener de sus semejantes ningún testimonio de aprobación voluntaria? El que es admirado por el universo necesita del universo.

Se ha repetido con frecuencia que los historiadores, los autores de comedias, todos aquellos, en fin, que han estudiado a los hombres para retratarlos, se convertían en indiferentes al bien y al mal. Un cierto conocimiento de los hombres puede producir este efecto, pero un conocimiento más profundo nos conduce a un resultado contrario. Los que retratan a hombres como Saint-Simon o Duclos,²² no hacen sino

²¹ Es posible que Mme. de Staël esté pensando en la fealdad proverbial de Mirabeau, el principal enemigo político de su padre.

²² Se trata de Claude-Henri de Rouvroy, conde de Saint-Simon (1760-1825), filósofo, historiador y primer teórico del socialismo francés. Los treinta volúmenes de las extraordinarias memorias de Louis de Rouvroy, duque de Saint-Simon (1675-1755), escritor y diplomático francés, cronista implacable de la corte de Versalles durante el reinado de Luis XIV, no se publicaron hasta 1830, fallecida ya Mme. de Staël.

Charles Pinot Duclos (1704-1772) fue un escritor e historiador francés. Protegido de Mme. de Pompadour, en 1747 entró en la Academia cuando sólo había compuesto tres novelas, un *ballet* y un ensayo histórico sobre Luis XI. En 1750 sustituyó a Voltaire como historiógrafo oficial de Francia cuando el autor de *Can-*

subrayar la ligereza de sus opiniones y sus costumbres, pero quien los juzgue como lo hacía Tácito, será por fuerza más útil a su siglo. El arte de observar los caracteres, de explicar sus motivos y hacer resaltar sus colores tiene tal poder sobre la opinión que en los países donde reina la libertad de prensa ningún hombre público o conocido se libra del desprecio, si lo inflige el talento. ¡Qué magníficas formas de indignación ha hecho descubrir a la elocuencia el odio del crimen! ¡Qué afán vengador han despertado los sentimientos generosos! No hay nada que pueda igualar la impresión que producen ciertas conmociones del alma o algunos retratos trazados por el atrevimiento. Los retratos del vicio dejan un recuerdo inefable si son obra de un autor capaz de observar en profundidad y analizar sentimientos íntimos y detalles que puedan haber pasado desapercibidos. Es frecuente, pues, que la biografía de un hombre culpable inspire una expresión enérgica en su autor, de modo que una y otra determinen el juicio del público. Ello supone otra utilidad moral del talento literario, pues el arte del autor al describir sus fechorías supone un nuevo oprobio para su perpetrador.²³

Me queda por hablar de la objeción que puede derivarse de las obras que pintan con talento costumbres condenables. Es indudable que tales escritos podrían perjudicar la moral si produjeran una profunda impresión en el lector, pero casi siempre se limitan a dejar una huella leve que los sentimientos auténticos borran fácilmente. Las obras divertidas son por regla general una expansión relajada del *esprit* que deja pocas trazas en el recuerdo. La naturaleza humana es seria y a la hora de la meditación silenciosa sólo atiende a obras razonables. Por otra parte, únicamente este género permite acceder a la gloria literaria e influye de verdad en los espíritus.

dide marchó a Prusia. No obstante, dado su carácter autoritario, sus relaciones con Voltaire fueron siempre frías y se peleó con Diderot y D'Alembert.

²³ Es indudable que cabría oponer a la utilidad que se puede esperar de la publicación de la verdad el efecto generado por los libelos repulsivos que han ensuciado Francia, pero yo sólo he querido hablar de los servicios que debemos esperar del talento, y el talento siempre ha temido envilecerse con la mentira. Por ello tiene miedo de confundirlo todo porque entonces perdería la estima de sus lectores. En todo asunto lo fundamental es la seguridad, y lo que hay que temer son los defectos que se derivan de la pobreza de espíritu o del alma. (N. de la A.)